

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

LOS TRES IMPORTANTES CASOS DEL DETECTIVE MARLOWNE

DEDICADO A LA MEMORIA DEL DETECTIVE
MILTON ARBOGAST

La escena del crimen se encontraba vallada por cintas de la policía, junto a unos policías bien diseminados. Alrededor, se generaba una gran masa de público, estirando sus cogotes, tratando de ver la sangre en el ojo ajeno. Como cierre, ambulancias, patrulleros y móviles de tévé.

Entonces fue que Phil Marlowne se abrió paso entre todos, acomodándose el cuello del sobretodo y el sombrero, esquivando un gran sorete de perro.

Llegó con la dureza que lo caracterizaba, y mostró su credencial de detective recientemente expedida.

- Buenas noches. – dijo, emanando el hedor a cerveza desde aquella bocota quemada de cigarros y alcohol. – Soy el detective privado, P. Marlowne, y vengo a ofrecerme para resolver este caso.

El detective de Homicidios de la Central de Policía de Tammerlane, se miró con su asistente. Entre ellos, hubo un silencio. Luego, habló.

- Y a este quién lo dejó pasar?

- Le repito. Soy el detective....

- Sí, sí. Ya sé. Eso lo escuché bien. La cuestión es qué hace usted acá?

- Vengo a ayudarlos a... - reiteró el viejo, con aire de agrandado, frotándose la gran barriga inflada.

- Sí, sí. Eso también lo sé. Lo que no entiendo es cómo tuvo el atrevimiento de pasar sin permiso. Estamos tomando huellas.

- Por eso no se preocupe: se cayó desde aquel piso. – y alzó la mirada y su dedo para apuntar la ventana rota del gran edificio. Se entusiasmó. – Conoci a este hombre... Me contrató para un caso y mire como terminó...

- Entiendo lo que me dice. Si tiene algo que declarar, llame a nuestras oficinas. Pero no lo vamos a dejar jugar acá como si fuera un detective...

- Soy un detective!

- ... de la policía, digo. – y rodeó con su brazo el hombro del despreciable colega, y lo acompañó con una dulzura burlada hasta la salida.

Cuando llegaron, le indicó que cruce la valla y que se retire.

Una vez fuera de la escena, el pobre Marlowne supo cuán tarde había llegado a decidirse por ser detective, para terminar estudiando de viejo.

Regresó a su oficina reconociendo que el haber perdido los años, tan sólo le habían dado un título impreso en la puerta de una oficina rentada.

- Otra medida, Sam. –pidió Marlowne a su barman favorito, una vez más, como tantas noches, en la Taberna Tammerlane, borracho como nunca.

Sam destapó el pico de la botella y le sirvió una medida bastante grande.

- Acá tenés, Phil. La casa invita!

- Sos mala compañía, Sam. He tenido hombres de barras que me negaban el trago cuando ya estaba borracho. Y vos...

- Mientras que no empieces otra pelea.

- Yo no me acuerdo de haber iniciado ninguna. Aparte, nunca puedo cruzarme con los que me dan semejantes paliza y me roban toda la plata.

- Son clientes que me ahuyentás. – respondió el hombre, intentando mentalizarse en aquellas noches.

Phil juró sobre su taburete. Se llevó la copa a la boca y echó un trago. Brindó para sus adentros por el cadáver del edificio de Comunicaciones Tammerlane, la noche anterior.

Tomó aire, se llevó el cigarro a la boca, y se bañó en humo. Recordó que estaba fundido, sin futuro aparente.

Ni por un instante despegó los ojos de Carol Jane, sentada a la mesa, bebiéndose la tercera cerveza.

- Hola, muñeca. – le dijo.

Carol corrió sus pelos amarillentos y desarreglados de su vista, y divisó a Phil. Era la tercera vez que la saludaba desde su llegada.

La mujer, completamente borracha, pintarrajeada, raquítica y mal vestida, se rascó la mejilla con desgano y volvió a clavar sus ojos en la copa medio vacía.

- Viste lo que hace? Cada vez que la saludo, me mira, se rasca la cara y vuelve a su universo. Para mí que me está llamando en clave, desde la dimensión en la que se pierde.

Por cierto, Carol no tenía ganas de más nada. Ya bastante había tenido con su primer marido y las borracheras compartidas, como para seguir sumando con las anécdotas de Phil.

Érase una vez cuando Shelly, la esposa de Phil, lo llevó de los pelos hasta el bar de siempre, y se plantó ante Carol. O mejor dicho, todo pudo haber empezado antes, con aquel último caso. O con el anterior. O con el primero. O con todos, que en definitiva fueron el mismo.

Es decir, todo comenzó cuando Phil se recibió de detective por correo, después de aquella alocada idea de abandonar su trabajo para emprender algo por lo que siempre se había sentido atraído...

- Y vos te creés que eso nos va a dar comer?! – planteó Shelly, la esposa de Phil, a los gritos, aquella tarde donde el viejo volvía de obtener su diploma en la academia que había estudiado. – Eso fue todo una rosca para dejar el trabajo y rascarte las pelotas!!!

Phil guardó en el placard el diploma que acaba de mostrar con la mejor de las inocencias.

- Realmente, esto me interesa... - dijo caído, pero luego se transformó – Es el sueño de mi vida, mierda! Y mirá como me tratás! Qué mujer hace eso?! No me dejás ser feliz con el trabajo que quiera tener! Pero quedate tranquila, que en unos meses vas a querer tocar la fortuna que yo haga, y lo más probable que ya te haya echado a patadas en el culo!

Pasó junto a ella, y llegó hasta la heladera. La abrió y la encontró vacía.

- Dónde mierda está la cerveza?!

- Te recuerdo que hace cinco días que no puedo ir al almacén. Todo por tu “sueño” de viejo chocho.

Phil cerró la puerta con fuerza, se volvió a ella. Al instante recordó aquella vez, cuarenta años antes, cuando ambos eran adolescentes.

- Mi sueño es llegar a ser un gran detective. No quiero resolver muchos casos. Sólo los suficientes como para hacerme conocido, de un buen dinero, y retirarme a disfrutarlo con fama.

- Ojalá lo logres, Philly. – dijo la joven Shelly. Alrededor de ellos, el verdor de un parque de Tammerlane.

Pestañeó. Pasó otra vez junto a esposa y llegó al perchero.

- A dónde vas?

- A la oficina. – respondió Phil, de espaldas, poniéndose aquel sobretodo marrón claro, desgastado.

- Bueno! Por lo menos le vas a dar un uso a ese otro gasto desperdiciado! – atacó con ironía.

- El sobretodo me lo encontré en la calle, te dije!

Finalmente, el detective salió a la calle.

Camino a su oficina, descubrió la Taberna Tammerlane.

Una de las tantas noches en las que Phil se emborrachaba allí, hablaba muy jocosamente a su mesero Sam.

- Desde que le creció el culo que no la toco ni con un palo. – se refirió a su esposa.

- No será que ella no te toca desde lo de la agencia?

Phil le clavó la mirada.

- Que carajo te pasa?! Otra vez querés que me acuerde?!

- Vos siempre contás...

Marlowne no toleraba que otra persona hable de la amarga experiencia de haber emprendido su carrera como detective. Eso mismo había logrado una ruptura con Shelly, y el estar solo a los 50 y pico, le era realmente molesto. Sobre todo, a sabiendas que la agencia nunca funcionaba.

- Y eso que repartí volantes para publicitarla! – siempre se quejaba.

Debido al poco movimiento de su existencia, Phil regresó a sus tiempos de antaño, cuando era habitué de algún que otro bar, emborrachándose entre problemas existenciales-

- Sabés por qué no me toca?!... Porque no quiere saber nada con un borracho, el cual viene a emborracharse a un bar donde el barman no hace más que regalarme y fiarme tragos! – atacó con ironía.

- Mientras que no armes peleas?...

- Qué peleas? Si la otra vez, por lo que me acuerdo, estaba tranquilo, y me dieron un sillazo por la espalda.

En ese mismo momento, Carol Jane ingresó al bar. Era una mujer de aspecto desvanecido, aunque cierto brillo en su carne rememoraba épocas mejores.

- Y esta belleza? – preguntó Phil, intrigado.

- Viene una vez por semana a empezar la borrachera de toda la semana por todo Tammerlane.

- Guau! Qué mujer! – festejó el viejo, descubriendo las delgadas piernas tras el jean desgastado de la cuarentona.

- El tema que está loca. Grita, habla sola. Creo que está separada, y eso le debe haber pelado los cables.

Dos horas después, Phil tenía sexo con Carol, en la oficina.

Ella se encontraba sentada sobre el viejo escritorio, con las piernas abiertas, y algunos botones de la blusa desabrochados. Phil tenía los pantalones bajos, llevaba puesto el sobretodo y sombrero, y penetraba a su chica como un perro en celo.

Todo había sido realmente rápido. Demasiado si se toma en cuenta la práctica que el viejo había perdido con las mujeres. Justamente su seducción había muerto para el momento en que Phil pisó el altar, y no tuvo más que frecuentar prostíbulos.

Cuando acabaron (mudos), ambos tomaron asiento en las dos viejas sillas de madera que se enfrentaban al escritorio. Phil se llevó dos cigarrillos a la boca, los encendió y le pasó una a su dama.

- Me veo acá y no lo creo. – dijo ella, tildada, sorprendida por el valor que había tomado para aceptar la oferta del viejo.

- No empieces a dudar... - advirtió el detective.

- El recuerdo de mi marido me llevó a estar sola. A emborracharme... – continuó la mujer - ...Me metía los cuernos y yo me deprimía y me descontrolaba. Cuando estaba bien tomada, empezaba a revolearle de todo. Hasta que un día le di un cacerolazo en la cabeza... me estaba contando que me iba a dejar por otra... Por poco lo mato! Del golpe cayó en coma y quedó inconsciente diez años, los mismos que estuve presa.

- Recuerdo tu caso. – dijo Phil con total frialdad. – Lo estudié en mi carrera. Bastante feo. Todo por los putos celos. Yo también le metí los cuernos a mi mujer, pero ella me perdonó.

Carol le clavó la mirada.

- Es verdad lo que decís? O es otro de tus chistes cínicos?

- Por supuesto, muñeca. Es verdad. Los cuernos son la clara imagen que el hombre está en crisis: salir a buscar otro culo para ver cómo era la vida.

Carol Jane no pudo soportar más, y se puso de pie, se acomodó las ropas y se encaminó a la salida.

- A dónde vas? – preguntó el viejo, aún sentado del otro lado del escritorio.

- A un bar... lejos de una porquería como vos!

Salió, dio un portazo, y el vidrio de ésta se rajó al medio.

- Hija de puta. – alcanzó a decir el detective, tirado en su lugar, dando una última pitada a su cigarrillo.

Para su sorpresa, el teléfono sonó.

Tragó saliva. Miró a un lado, a otro. Apagó el cigarrillo. Se acomodó el pelo. Tomó un cigarro a medio fumar, lo encendió, y se irguió en la silla.

- Agencia Marlowne, buenas noches. Habla su gerente, el detective P. Marlowne. En qué puedo ayudarlo?

- Recibirá un cheque por la suma de cinco mil Tammerlinos, si resuelve el caso del Señor Adamson. – dijo una voz ronca, casi metálica.

- Quién habla?! – preguntó Phil extrañado.

- No es de su incumbencia. Acepta o no acepta?

- Pero, quién es el Señor Adamson?

- Vaya al edificio de Comunicaciones Tammerlane, sexto piso. Tiene el pase libre para ver en qué puede ayudar. Muchas gracias.

Clic.

Phil giró en su silla. En segundos, estaba en la calle.

Marlowne llegó al edificio y se presentó a seguridad.

- Soy P. Marlo... - alcanzó a decir, hediendo en alcohol y sexo.

- Sexto piso. Ascensor de la izquierda. – alcanzó a decirle el hombre de seguridad. Y le extendió la mano, indicándole el camino.

El viejo tomó el ascensor, y camino a destino, se descubrió en el espejo. Su rostro declaraba su cansancio. Cuánto hacía que no dormía bien y que no paraba de beber?

Arribó el sexto piso del edificio, y se llevó por delante un cenicero de pie que estaba en el alfombrado pasillo.

- Quién es usted? – le preguntó el policía que aguardaba junto a una de las oficinas.

- P. Marlowne. Tengo el pase libre.

- Por acá. – y ambos entraron a la oficina 603. Dentro, habían otros tantos policías de civil como uniformados, husmeando el lugar.

- Qué fue lo que pasó?

- Lo encontró una persona de limpieza, alrededor de las 21 horas, horario en que todos los ejecutivos se habían retirado. Aún no determinamos la causa. – explicó el joven asistente de la Central.

Mientras, en el piso, yacía el cuerpo un hombre de unos cincuenta años, obeso. Su brazo izquierdo apuntaba a la puerta de salida, con sus dedos casi alcanzando esa manija lejana. En la mesa, el teléfono descansaba descolgado.

Phil llegó hasta el aparato, y tomó nota de los únicos tres números discados, anunciados en el identificador. Luego descubrió el rastro de baba, y lo siguió detenidamente, casi como un perro rastrero.

La baba llegaba hasta el cadáver.

Sacó el cigarro medio apagado de siempre, lo encendió y miró a su alrededor con aires de grandeza.

- Reptó en búsqueda de ayuda, y nadie lo oyó: murió reventado como un sapo, vaya uno a saber por qué.

- Entonces? – trató de entender el asistente.

- Entonces nada. – miró a todos lados, casi perdido. – Creo que voy a tener que averiguarlo, no? – y decidido, se encaminó a la salida.

- Pero, señor! No va a pedir los resultados de la autopsia?!

- Ah, tenés razón. – dijo, frenándose en los límites de la entrada. - Que me lo manden a este lugar...

Y con sus aires, regresó a entregar su tarjeta personal. Palmeó el hombro del muchacho, y se retiró. En el camino, pateó sin querer la cabeza del muerto.

- Te juro que me tienen que pagar un caso. Y cuando lo hagan te pago lo que te debo. Tengo unos ahorros, pero no creo que pueda usarlos. Vos me entendés...

- Y eso que llevás en el bolsillo? – dijo el camarero, serio, divisándole unos billetes que Phil llevaba en el bolsillo. Estaban enfrentados por una barra vacía, la historia de casi todas las noches.

- Esa plata es por las dudas que me pase algo. – volvió a excusarse como siempre el viejo Phil.

Un silencio. Afuera, el neón parpadeaba “Taberna de Tammerlane”. Marlowne aguardó.

- Te creo. Y como te creo y te considero buena persona, ahí tenés doble ración. – festejó el camarero. – Pero hay algo... - y se volvió serio – Te lo sirvo directo a la boca.

- Pero, qué mierda estás diciendo?! – se quejó Phillip – Otra vez con eso? Ya lo hicimos la semana pasada y me pareció cosa de maricas.

- Como digas. – asintió el hombre, casi avergonzado. Y lentamente volvió a la sonrisa mientras llenaba un vaso.

Phil se sintió complacido e inmediatamente se mandó el trago al fondo del buche. El trago pegó directo en su cerebro.

- Sos un buen amigo, Sam...

- No es nada. Es bueno tenerte entre nosotros... Mientras que no te pelees con nadie.

- Eso nunca lo entiendo! No me acuerdo de haber discutido. En otras épocas, en otros bares, lo hice. Pero ahora... Anoche volví a la oficina, lleno de moretones y sin nada de plata.

- Como siempre! Como buen maldito borracho mujeriego y mala persona! – dijo Carol, sentada frente a su mesa y bebida habitual.

No se la veía desde la semana anterior, día en el que había conocido y mantenido sexo con Phil.

- Bueno! Miren quien habla! La reina de las borrachas! La que todos escupen, empujan, y se divierten cuando enloquece.

Carol cerró la boca y se volvió a su vaso. No tuvo mucho que decir. Era tan miserable como todos los alcohólicos de Tammerlane.

Phil caminó a ella. Viendo que había ganado la batalla, prefirió jugar a la amistad y comportarse como un caballero.

- Pensé que no ibas a volver.

- No te acerques. Me prometí no hablarte más... - dijo aturdida, débil de carácter. A lo que el viejo aprovechó a tomar asiento frente a ella.

- Cuándo vas a entender que tu marido no era para vos, y que tenía que irse con otra porque ese era su rumbo? – le dijo, y la tomó de una de las manos que cubrían su amargo rostro.

- Por qué no me dejó antes de conocerla? Por qué la mentira?! Ay, Dios, hay veces que tengo ganas de buscarlo y decirle que lo odio...

- El muy hijo de puta ya tuvo suficiente con diez años en cama.

La mujer abrió sus ojos, y entre las lágrimas que desdibujaban su maquillaje violento, descubrió que Phil tenía toda la razón del Pueblo.

- Por qué heriste a tu mujer? – le preguntó antes que terminara por conquistarla.

- Porque en el fondo la quería tanto, que no la podía abandonar. – la mirada cínica del viejo se perdió de los ojos de la mujer - Fui un cobarde. Y descubrí que no era el tipo que ella se merecía. – volvió a los ojos de Carol Jane – Arrepentido, decidí ser hombre, e inmediatamente abandoné los malos lugares y los malos hábitos. Incluso dejé mi trabajo y emprendí una carrera para ser una persona derecha del cual ella pudiera sentirse orgullosa. Pero me creyó egoísta por lo de detective... y acá me ves...ahogando penas pero con ganas de seguir adelante.

Media hora después, Phil y Carol, volvían a tener sexo en la oficina. Tras el acto repetido en posturas, el acto repetido de las sillas y los cigarrillos.

- La extrañas?

- Algo. Vos?

- Un poco. No creo. No sé. Está lejos y vive con esa otra.

- Tampoco pongas esperanzas en que él te llame.

Carol le clavó la mirada.

- No me hace falta recordarlo. – sentenció la mujer, con dureza.

- Eso es lo que me gusta de vos. Sos de pocas palabras. Hablás mucho cuando hablás de él, pero te manejas con poco vocabulario. Es como si todo el resto importara poco.

- Vos hacés lo mismo cuando hablás de ella y tu trabajo.

- Shelly... recordó el viejo, volteando su silla a la ventana. Casi pudo verla dibujada en la ciudad – Tengo que verla en la semana. Ayer llamó.

Carol se acomodó la ropa, se puso de pie y dio media vuelta.

- Y ahora qué?! – preguntó Phil sorprendido.

- Sos la peor persona que conozco. No tenés ni la más mínima cuota de amor y compasión. Tus mujeres son solamente carne. Eso es lo que son... - y alzó la voz - En el bar no hablaste así!

Y se retiró.

- Cuando te quejás, también hablás mucho!! – gritó Phil sin voltearse.

El portazo, y mecánicamente sonó el teléfono.

Lo atendió como siempre.

- Llamo por las novedades del caso del Señor Adamson.

Se acomodó en la silla. Estaba tan borracho que había olvidado el caso, el sonar del teléfono, el haber atendido.

- Ya lo tengo todo resuelto! – se atajó.

- Muy bien. Y e una semana! Ahora, dígame qué pasó y recibirá su paga. Phil se despachó con la teoría.

La misma comenzaba con la narración del Señor Adamson ubicado tras el escritorio de su oficina, aquella bella tarde...

Todo era paz, silencio y tranquilidad. La música del trabajar repiqueteo de sus dedos en el teclado de la computadora, creaba un agradable masaje de oídos.

Pero repentinamente, y por alguna razón, el hombre tuvo una especie de ataque, un ahogo que lo hizo danzar en su asiento, lanzar espuma y retorcerse.

Entre el dolor de saberse muerto, más el propio dolor del ataque, alcanzó a tomar el teléfono y marcar la tecla que lo comunicaría con su casa, quizás con la idea de despedirse. Lo cierto fue que su mujer estaba ocupando

la línea, hablando con su joven amante, criticando a su marido. Ella jamás recibió las palabras que Adamson quiso decirle.

Marcó un interno al azar, y fue a dar con un empleado que también ocupaba la línea reservando unas películas pornográficas a su Video Club.

Rendido, se puso de pie, y en un acto inigualable de sacrificio, trató de llegar a la salida, intentando para alcanzar a alguien y dejarle un mensaje para sus seres queridos.

Pero no lo consiguió. Cayó muerto cerca de la puerta. Del otro lado, dos compañeros tomaban café y charlaban de política, cuando oyeron el golpe. En vez de preguntarse lo que podría sucedido, prefirieron criticar a Adamson creyendo que había sido otro de los horribles y estruendosos pedos que acostumbraba a tirarse.

- Por otro lado, queda otro llamado, pero según mis investigaciones este no cuadra con el momento del ataque, sino anterior a los hechos. Aparte, no fue más que un contacto con su jefe en el del décimo piso, donde el mismo declaró haber charlado de papeleo.

Un silencio. El hombre del otro lado del teléfono no lo pudo creer.

- Usted está borracho?

- Algo. – respondió con total frialdad.

- Usted acostumbra a tomar alcohol mientras resuelve sus casos?

- Un poco. – y preguntó – De qué mierda le sirve saberlo?

- Me sirve para darme cuenta lo incompetente que es usted, Señor Marlowne! – atacó la voz con ira. – Acaba de contarme la historia más fantástica que haya escuchado!

- Eso fue lo que pasó con Adamson.

- Y si así fuera, es lo que menos interesa, carajo! Quiero saber de qué mierda murió y por qué?!

- Un momento! – dijo Phil, advirtiendo mentalmente cierto detalle, y con la serenidad de siempre, puso la llamada en espera para enseguida comunicarse con la Central. – Buenas noches. Soy el detective P. Marlowne. Comuníqueme con homicidios. Gracias. – le explicaron que todos ya se habían retirado a sus respectivas casas - Pero, es que no hay crímenes que resolver por la noche?! – se indignó. – Llamo porque quiero los resultados de la autopsia del tipo de Comunicaciones. – escuchó los detalles. – Seguro que está en su casa?... Bueno, déme el número que lo llamo. – tomó nota. – Gracias. Buenas noches. – colgó y volvió a su jefe. – Espere un poco más. – y marcó el número del asistente. – Buenas noches. Soy el detective P. Marlowne. Me podría pasar con el chico... estemmh... el de la policía... - y trató de recordar su nombre. - ... el que es asistente... - se lo nombraron. – Ese mismo. Pásame por favor que lo espero. Es una emergencia. – un par de minutos, y el joven atendió el tubo con voz de dormido. - Hola, muchacho. Te habla el detective P. Marlowne. Te acordás de lo que me casi me olvido aquella noche?

- Lo envenenaron con cianuro, señor... Y buenas noches.

Clic.

Horas después, Phil recibió su primer cheque, un adelanto de doscientos pesos. Pero el dinero enseguida se diluyó en deudas y gastos de la oficina.

Pero eso le fue suficiente como para activarse y volver a pensar en positivo. Ahora Shelly creía en él, y la agencia parecía rendir frutos.

La cuestión era resolver el segundo caso dentro del caso de la muerte de Adamson. Y para eso se apoderó de cierta documentación, una noche, disfrazado de empleado de limpieza.

- Sos nuevo? – le preguntó en los sótanos del edificio, otro de los encargados de la higiene.

Enseguida, Marlowne lo rodeó, le cubrió las fosas nasales con un pañuelo embebido en tranquilizante, y lo durmió. Una vez que lo tuvo en el piso, lo reventó a patadas.

- Por qué tuviste que golpearlo si ya estaba desmayado! – se quejó Carol a Phil, el cual relataba la anécdota para ella, Sam y aquel borracho de la mesa lejana.

- Porque se lo merecía! Yo no hubiese hecho ninguna pregunta. Hay que dejar que las cosas fluyan...

- Vos creíste que te habían descubierto! Ella tiene razón: te estás volviendo un paranoico. – acotó Sam, sirviéndole gratis una medida de whisky.

Phil echó un sorbo. Respiró.

- No soy tan loco como parezco, y no soy tan malo como creen. Lo que pasa que Carol hace hincapié en cosas diminutas, como para hablar mal de mí. No tolera a los hombres que hayan corneado a sus mujeres!

Se bajó del taburete y caminó borracho como siempre, a la mesa de la mujer, la misma que ocupaba una vez por semana. Tomó asiento, alcanzó la mano de la mujer, y se hizo el romántico entre tanto ego.

- Te quiero en mi oficina, ya mismo. Me traés suerte.

- Ni lo pienses. Nos vamos a volver a pelear.

Terminaron de hacerlo, y encendieron los cigarrillos.

En el aire se respiraba la esencia de lo repetido, un forzado deja-vu, una tradición que solamente detenía el tiempo.

- Volviste con ella?

- Ya ves, Carol. Sigo acá. Me eché algunos polvos, y me cocinó algunas cenas, pero todavía no hay nada formal. La quiero, me quiere, pero por el momento siento que estoy jugando.

Como era de esperarse, Carol se vistió indignada.

Ni ella ni él dijeron algo. Sólo se oyó el golpeteo de una escoba del piso de abajo, justo cuando la mujer dio el portazo de siempre.

Phil encendió su cigarro, se volteó al teléfono, y esperó que suene.

Ante el primer timbrado, atendió.

- Buenas noches, señor X. Tengo las respuestas del caso.

- Dígame, pues.

Marlowne comenzó con los sorprendentes detalles.

Resultó que Adamson guardaba en su computadora una carpeta con fotos pornográficas de niños, donde en ella escondía un archivo de texto con un número. Ese número, por coincidencia, era el de una caja fuerte que tenía en uno de los ocho bancos donde depositaba su dinero. Dentro de la caja, había una carpeta. Y en la carpeta un papeleo con la respuesta...

Adamson había descubierto una conspiración que atentaba contra el cerebro de cada uno de los habitantes de Tammerlane. La conspiración se dividía en dos.

Uno: irradiar cierta microonda en los celulares de la empresa de Comunicaciones, paralela a las ondas de comunicación. Cuando estas ondas

atravesaban el cuerpo del propietario del equipo, activaban un mecanismo en el sistema nervioso central, enviando ciertos códigos al cerebro donde las neuronas los interpretaban de forma inconsciente, para instalarse allí, generando ansiedades. Estas ansiedades se convertían en necesidades. Las necesidades en cuestión eran órdenes de consumo de tal o cual producto. Por ende, Comunicaciones Tammerlane, no sólo vendía teléfonos celulares, sino un espacio de publicidad en la cabeza de sus clientes. Con esta manipulación estaba generando una gran fortuna.

Dos: Los celulares poseían cierto chip que mantenía a todos los usuarios ubicados e individualizados. Ninguno escapaba de ser vigilado por ellos. Esta información era vendida al Gobierno por otros tantos millones de billetes. Gracias a esta data, el Servicio Secreto y la Policía descubrían crímenes, grupos de protesta, desapariciones y tráfico de drogas. Más allá que algunas cosas eran positivas, esta cuestión negaba la privacidad de las personas.

- Es más. Tengo otra teoría... – continuó el detective, sin respiro. – Y esta se basa en mi inteligencia y los papeles que pueden guiarme. Recuerda usted al cantante Rox Salvi?

- Qué tiene que ver Salvi con esto?! – se quejó la voz.

- Salvi también sabía la verdad y fue asesinado... El choque en la ruta no fue un accidente. Lo del disco póstumo tampoco: lo demuestran todos esos temas que hablan de una “despedida” y del “Cielo”. Salvi sabía algo de todo esto porque trabajaba para la discográfica que dependía de Comunicaciones. Por eso le encomendaron un disco melancólico! Y lo taparon con la “oh, coincidencia!” que el alma del vocalista ya preveía su fin.

Un silencio.

- Qué mierda está diciendo, Marlowne?! De dónde sacó esa teoría demente? Y si es real, de qué sirve?

- A Salvi lo mataron con una descarga de ondas a su celular, mientras manejaba. El celular en el bolsillo de su camina lo hizo perder el control del volante, y crash. Por eso, le recomiendo: no use celulares. Es más: no acepte ninguna encuesta, formulario o computadora. Por algo es que no creo en la tecnología. Ella es nuestro fin como personas.

- Ahora entiendo por qué es tan difícil de ubicarlo. – y fue irónico. – Tendría darme el teléfono de su bar, así lo llamo y me cuenta las cosas antes de empezar a emborracharse?... Aunque creo que lo voy a despedir...

- Pero, que carajo dice?! Si descubrí la verdad!

- Sí, y le voy a pagar lo que corresponda por ello. Pero no voy a darle un centavo más porque jamás me dio el nombre del culpable.

- Ya le dije! Comunicaciones Tammerlane!

- Quién? Para qué? No sólo quiero el complot: quiero la mente maestra.

- Está bien, está bien. Entiendo a donde quiere llegar. Discúlpeme si me confundo... soy nuevo en esto, y tengo problemas con mi mujer. – se atrevió a excusarse el miserable detective. – Pero no me quite el caso. Necesito la plata para rehacer mi vida.

- Última oportunidad. - y colgó.

El tercer caso dentro del único caso, entraba en marcha.

Tres noches después, Marlowne tocó timbre en la casa en la que había vivido con su mujer por casi tres décadas. En una de las bolsas llevaba pollo al

horno con verduras, todo fiado en la rotisería amiga, en la cual había podido cubrir una vieja deuda con los últimos pesos del nuevo cheque.

Con el fiado iniciaba pues, un nuevo rotar del dinero. El dinero nunca entraba: siempre desaparecía entre deudas encadenadas, atrasado con todo. Pero esa noche valía la pena festejar la prosperidad con su esposa.

Cuando Shelly abrió la puerta, lo tomó de los pelos y lo metió a la casa. La bolsa perdió en la vereda.

- Qué mierda hacés?!

- A qué venís?! – preguntó ella, furiosa.

- Soltame! No quiero ser uno de esos tipos que golpean a su mujer!

- Ni se te ocurra!... Decime: quién es Carol Jane?

Phillip se congeló entre la espada y la pared. Obviamente dijo...

- ... nadie.

- No te creo. Así que vamos a ir a la Taberna para hablar con cierta mujer, y comprobar ciertas anécdotas mientras que te me mostrabas como el hombre ideal para reconquistarme.

Y aunque Phil no quiso, de todas maneras fue arrastrado hasta el bar, donde tuvo el desagrado de enfrentarse a su amante soplona.

Sam estaba del otro lado de la barra, mirando la escena con atención. A su lado, un vaso lleno cortesía de la casa, aguardaba al infiel.

- Por qué contaste todo, Carol? Qué ganaste?! Destruiste lo único que quería en la vida... - dijo con tristeza, rendido ante las dos mujeres.

- Vos mismo reconociste que los cuernos significan las cosas no marchan bien. Y tuve un dejo de sobriedad y aceleré los trámites. Mejor ahora antes uno deje en coma al otro... - y bebió un pequeño sorbo de su cerveza.

Phil creyó comprender: Carol sentía que le debía a su vida la redención del pasado. Y para ella nada mejor que cierta pareja detestable.

- No fue fácil contarle. Tuve que contenerla y hacer que entienda. Es difícil aceptar lo inevitable... Mi trabajo está terminado.

Y volvió su mirada a su copa, no sin antes rascarse la mejilla.

Shelly, que no pudo más, y se retiró para siempre de la vida del mediocre detective.

Mientras, Marlowne no tuvo otra que llegar hasta la copa que lo aguardaba y beberla de su saque.

A la hora, Carol Jane se retiró, y el viejo siguió bebiendo.

Rato después, tras otras copas más, una pelea dejó al detective tirado en un callejón, golpeado y sin el poco dinero que llevaba encima.

Cerca de las seis de la mañana, llegó a su oficina, se quitó el sobretodo y el sombrero que llevaba pegado a su cabeza. Se recostó en el sillón.

Lo había arruinado todo. No tenía odios ni broncas. Entendía que las cosas debían terminar así porque así había jugado: destruir todo.

Tan sólo le quedaba su caso, pero le había perdido el sentido. Ya no tenía idea por dónde continuar. Era demasiado peligroso acercarse a Comunicaciones Tammerlane. Seguramente ese alguien detrás de la muerte de Adamson intentaría cualquier cosa con tal que jamás se conozca la verdad.

Encendió un cigarro, boca arriba, mirando al techo.

- Qué podría ganar la empresa, aparte de la plata? – se preguntó tras un largo silencio.

Y de alguna forma obtuvo cierta respuesta milagrosa, cierta teoría venida de la nada, como todas las teorías.

Enseguida, sonó el teléfono.

- Señor Marlowne? – preguntó la voz.

- Sabía que me iba a llamar. Tengo la respuesta final. El culpable Jeff Tickler, el jefe de Comunicaciones Tammerlane. – y recordó una tarde de té en el bar - El hijo de puta estuvo apareciendo en los medios, anunciando la compra de todas las empresas de teléfono de Tammerlane.

- Lo sigo...

- Con esto, el tipo lograría el poder absoluto, usando su imperio para mantener individualizados a todos, bajo sus órdenes. Con el Gobierno y el Pueblo de su lado, ordenaría a todos que lo voten como Gobernador del Pueblo, y quedarse con Tammerlane para siempre.

- O sea...

- Le recuerdo el jefe de la empresa también anunció su inserción en la política. – un silencio serio de su ego, y Marlowne continuó – No sólo iba a conformarse con sus millones. El tipo quiere todo el Poder. Quiere algo curioso y coincidente?... Originalmente, la empresa se llamó Poder Sobre Tammerlane.

- Excelente. Excelente... - dijo la voz, rendido a los pies del detective. - Es la mejor resolución que he escuché en toda la historia. Es perfecto! Es genial!... Sabe qué, señor Marlowne?! Las deudas, el alcohol, el hambre y las mujeres estimulan su inteligencia, y no se queda en filosofía. Al final de cuentas, me entregó el caso completo!

- Son mis tres importantes casos, señor como se llame. – se relamió el viejo, detrás de su escritorio, con el gran cigarro, y los pies sobre el escritorio.

- Le recuerdo que le quedan 4600 pesos por cobrar. Y para ello, va a tener que venir a buscarlos a mi oficina, ahora mismo.

Phil agradeció el aventón a su amigo, aquel taxista de la parada del Hospital, y se enfrentó a la noche y aquel gran edificio de treinta pisos.

Una fuerte ráfaga de viento sacudió su angustia. Presintió que algo malo podría llegar a sucederle.

Llevó su mano al bolsillo tratando de sentirse seguro.

Se presentó ante el personal de seguridad y entró. Tomó el ascensor y llegó al último piso. Arribó la oficina número 300 y descubrió por su inmensidad y resplandor que se encontraba en una gran trampa.

El lugar tenía un gran escritorio alejado de la puerta de entrada. A un lado, cuadros, biblioteca, adornos de plata y hasta un hogar. En un esponjoso sillón reclinable, su contratista miraba del ventanal a la noche de Tammerlane.

- Cerca suyo hay una copa. Agárrela y tome asiento.

Phil miró a la mesita a su lado. Hizo caso y luego se sentó en una silla en el medio del lugar.

- Cuando empezó a tardar, creí que lo había deducido en el camino. Demasiada coincidencia que su contratista trabaje acá, no?

- Quería saber más. Un detective siempre debe saber quién y por qué se lo contrata. Por qué usted, señor Tickler? Qué gana contratándome para que lo descubra.

- Sencillo, Marlowne: debía saber como funcionaba la lógica de una persona como usted, que no tiene ningún producto tecnológico... un hombre en la modernidad, jugando el juego de los policiales negros que leíamos cuando

éramos chicos... La única forma de comprenderlo y someterlo, era contratarlo y probar su inteligencia hasta el final. No cualquier detective, con todo el avance con el que se cuenta hoy en día, llega a descubrir las cosas tan perfectamente como usted. – se puso de pie, girando sobre sí mismo. Su figura se recortó en el ventanal. – De usted, señor Marlowne, sólo sabemos que le gustan las mujeres y el alcohol. Mientras, que de todo Tammerlane, gracias a sus teléfonos, internet y otros aparatos, tenemos hasta los más mínimos detalles... Usted es la única persona que se quedó en el tiempo...

- Ni que lo diga! Vengo de discutir con mis mujeres por las cagadas de siempre.

- Señor Phillip Marlowne: tengo el agrado de anunciarle que usted es el único que no tiene celular o internet en su vida cotidiana. Junto a ese sobretodo roto y ese sombrero, es el detective ideal de las décadas del treinta, cuarenta y cincuenta. Usted pertenece a esa época, pero vive en este 2005.

- Le agradezco el dato. Me hace sentir orgulloso y recordarme lo fiel que soy a las tradiciones. Aunque sí, a veces creo que me falta el anotador y lápiz.

Entonces Tickler apuntó con su arma.

- Perdóneme, pero una persona como usted, suelta en Tammerlane, puede acabar con todos mis planes un buen día. Entre todas las personas, usted representa mi único peligro.

Marlowne bebió de un sorbo su bebida. De verdad era un honor que pudiera destacarse entre el resto. Tiempo atrás, había ido tras el sueño de convertirse en detective, de lograr lo que había añorado desde pequeño: ser alguien en Tammerlane. La recompensa llegaba gracias a que jamás había dejado de ser fiel a sus ideales: un hombre de ley hecho y derecho, sin sofisticaciones, salvo aquellos análisis filosóficos que se alimentaban con los problemas cotidianos. Y eso le daba paz. Aunque lamentablemente, ser el mejor lo convertía en una verdadera víctima.

Se puso de pie.

Se llevó sus manos al bolsillo.

- Usted resolvió mi existencia, Tickler. Cuando disponga...

Y el disparo sonó en la habitación.

Pero éste salió del lugar menos esperado: la bala nació del bolsillo de Marlowne donde allí escondía su pistola, y rompió el gran ventanal. Una gigantesca astilla cayó frente a las narices de Tickler, y éste retrocedió arrebatado. Retrocediendo, tropezó del sillón al borde del ventanal, y por éste cayó de espaldas al vacío.

Treinta pisos abajo, el impacto lo destrozó.

Marlowne miró a un lado y otro. No podía creer semejante suerte. De verdad que aquello de la ley y el orden le sentaba bien. Extendió su mano y robó un adorno de plata.

Rato después, bajó a la calle y penetró la escena del crimen.

Cuando el detective de Central lo echó, enseguida supo una gran revelación: de todas formas lo bueno duraba poco, y sin su retorcido jefe, Phillip no tenía ni el menor crédito del caso. Tampoco el cheque.

De alguna forma, sus méritos habían sido personales: había salvado a todo Tammerlane, y eso era un motivo para festejarlo con unas copas.

La noche siguiente por la taberna y se reencontró con Sam y Carol Jane.

Mientras se excusaba con el camarero acerca de las peleas que a veces armaba en el lugar, ni por un instante despegó los ojos de la mujer sentada a la mesa, bebiéndose la cerveza.

- Hola, muñeca. – le dijo.

Carol corrió sus pelos amarillentos y desarreglados de su vista, y divisó a Phil. Era la tercera vez que la saludaba.

La mujer, completamente borracha, pintarrajeada, raquítica y mal vestida, tan sólo se rascó la mejilla con desgano y volvió a clavar sus ojos en la copa medio vacía.

- Viste lo que hace? Cada vez que la saludo, me mira, se rasca la cara y vuelve a su universo. Para mí que me está llamando en clave, desde la dimensión en la que se pierde.

Entonces Sam supo que su amigo estaba lo suficientemente borracho: Marlowne había bebido como loco, y para esa altura de la noche imaginaba a la Carol Jane en la mesa, a sabiendas que ella jamás regresaría al lugar.

Fue así que tomó una de las botellas vacías, la alzó y se dispuso a hacer lo mismo que hacía cada noche que pudiera, cuando el lugar estaba vacío: poner a Phil fuera de combate, robarle el poco dinero, y seguir generando deudas que el detective jamás podría llegar a pagar.

- Sabés lo que tengo que hacer, Sam? Gastarme el poco dinero que me queda en el bolsillo, pagándote lo que te debo, y mañana empezar de nuevo, sin nada. Podría retirarme de esto y conseguir algún trabajo... algo así clasificador de cartas en el Correo de Tammerlane. También podría arreglar las cosas con Carol Jane, invitarla a salir un par de veces, y pedirle matrimonio. Creo que merezco una revancha en la vida. No lo creés así, Sam?

Cuando Marlowne esperó una respuesta, su amigo a sus espaldas le partió el envase en la cabeza. Cuando lo tuvo en el piso, lo terminó noqueando a patadas. Rato después, lo abandonó en el callejón lindero, sin dinero.

La mañana siguiente, Phil despertó de la cruel paliza, y supo que era hora de utilizar sus atributos detectivescos en resolver ciertos problemas de su vida como eran peleas y mala memoria.

FIN